

DESESPERANZADA CRONICA SOBRE EL SALVADOR

Andrés López R.*

En esta época de predominio de la vida urbana, no hay nada más revelador del espíritu de un país que el centro de sus ciudades. San Salvador tiene cierto aire a Bogotá. Su corazón sólo late de día, animado por las actividades económicas o el discurrir burocrático. En la noche, su silencio ominoso apenas es roto por los parias que deambulan sin rumbo fijo. En cambio, en los distintos barrios la agitación es continua. Que las clases sociales existen —y existirán por siempre, si es cierto que hemos llegado al fin de la historia— es evidente en la distribución espacial de sus habitantes. Como no hay un espacio común, los diversos grupos sociales reproducen en su vida cotidiana las divisiones producidas por grandes conflictos sociales y políticos. Así, ricos y pobres viven en espacios segregados en los que aquellos obtienen todas las comodidades de la vida contemporánea mientras éstos languidecen en medio de la precariedad.

La capital, San Salvador, es el único jirón de espacio en que la guerra es lejana, en tanto no afecta sus actividades diarias. Es necesario aguzar los sentidos para captar cuáles son las salvaguardias que permiten tal calma, contradictoria con una guerra que a nivel mundial ha obtenido más publicidad que la nuestra. Al cabo se observarán los grupos de soldados que circundan la ciudad, la artillería, incluso antiaérea, colocada en lugares estratégicos, las barricadas en frente de los barrios populares que se sospecha pueden contener simpatizantes del enemigo, en fin, se descifra la beligerancia que palpita en todos los rincones.

Saliendo de la metrópoli, la certeza de la guerra se pone de presente. Las múltiples advertencias de viajar sólo en el día, los vehículos quemados —y pintados encima con propaganda electoral de ARENA, el partido en el poder— y los gigantes cos puentes de concreto volados por la guerrilla y que los ingenieros militares debieron reemplazar, son todas señales que evidencian que hemos abandonado la seguridad del fortín que es San Salvador. Al llegar a nuestro destino, cualquiera que sea, incluidas las dos ciudades principales, San Miguel y Santa Ana, la incertidumbre nos hace titubear. Aquí el asombro desaparece. En el día la lógica de la guerra convive con el tráfago de comunidades que medran pese a todo, mientras en la noche el temor es el amo. Dicen que cada cual es el dueño de su propio miedo. En El Salvador, fuera de la capital, el terror es compartido por todos.

Uno de los pocos comienzos importantes que puede ser datado con precisión, en un día determinado, es la guerra civil salvadoreña. Fue el diez de enero de 1980, hace poco más de once años, que un puñado de hombres, ilusionados con el triunfo sandinista en Nicaragua, decidieron hacer lo propio en ese país vecino. Una de las cosas buenas que nos ha traído este desesperanzado fin de siglo es la desconfianza hacia el heroísmo de los guerreros. Con independencia de la justeza de las causas que llevan a que unos pocos decidan erigirse en liberadores o defensores de la mayoría, cada vez es más claro que las armas no obedecen a quienes las empuñan sino a una lógica superior, el autoritarismo. El afán de los soldados de bandos opuestos por matarse entre sí, al mismo tiempo los hace

* Economista, investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales

iguales entre ellos y los hace diferentes a quienes dicen representar. Así, en una dinámica de muerte, las atrocidades cometidas desde finales de los años 60 por un hatajo de chafarotes generaron su opuesto, la guerrilla.

Farabundo Martí, el nombre adoptado por los insurgentes para designar su Frente, trae a la memoria recuerdos que hacen pensar que cada tanto la historia resurge para dar nueva vida a enfrentamientos que los vencedores pensaron resueltos para siempre. En 1932 los campesinos se levantaron en armas acaudillados por el "Negro Mari". El gobierno, encabezado por el general Maximiliano Hernández, ganó con 30 mil revoltosos muertos y 40 años de pax romana a su haber. En el presente, de manera manifiesta o inconsciente, las clases dirigentes salvadoreñas desean repetir su logro mientras que los insurrectos buscan ganar en una segunda oportunidad.

Pero el drama nunca ocurre de la misma manera, ni siquiera cuando el desenlace puede ser distinto por voluntad de uno de los actores, en este caso la guerrilla, que está mejor preparada que sus predecesores campesinos de casi 50 años atrás. Por su parte, D'Aubuisson, el fundador de ARENA, ha aceptado ocupar un segundo lugar en la política de su país pues conoce bien la oposición que a su nombre hay en todo el mundo. Esto es secundario pues la realidad es que El Salvador actual fue modelado por el Mayor (r). El asesinato de Monseñor Romero y la masacre de los seis jesuitas de la UCA han sido los resultados más conocidos del proyecto político de ARENA, en cuyo nombre fue electo Presidente Constitucional Alfredo Cristiani, hombre rico y sin experiencia política que no produjo resistencias en el Departamento de Estado norteamericano.

El grupo de Contadora, la elección presidencial de Duarte, los tratados de Esquipulas, el premio Nobel de paz al presidente Arias de Costa Rica, el patrocinio por la ONU de los diálogos entre el gobierno salvadoreño y el Farabundo Martí, la observación que hizo la OEA de las elecciones del 10 de marzo de este año, son hitos que corroboran que buena parte de la situación de El Salvador ha sido determinada por la importancia

que para la política doméstica de Estados Unidos han tenido los acontecimientos de América Central. Esta postura, propiciada con fuerza por el presidente Reagan, ha decaído e incluso amenaza desaparecer de la agenda Bush —pese a éxitos tan inesperados como la victoria electoral de Violeta Chamorro en Nicaragua.

La fuerza de la inercia ha determinado que el veto sobre D'Aubuisson se mantenga y que el proceso de paz haya avanzado. Lo que pueda suceder en el futuro es imposible de saber, como es el resultado de las acciones de incontables seres humanos. Pero, a menos que la historia dé un giro inesperado, puede suponerse que la derecha se consolidará y, cuando los Estados Unidos se olvide de su "patio trasero", el Mayor llegará a la Presidencia.

Las posibilidades de la guerrilla están condicionadas por la flexibilidad con que actúe. Por regla general, todas las organizaciones sociales adoptan una rigidez en su comportamiento que las hace perder el sentido de la oportunidad. En el caso del FMLN, es sintomático que hubiera lanzado su lucha justo en el momento en que la Junta Cívico-Militar intentaba introducir algunas reformas, tímidas, es cierto, pero reformas que apuntaban a un país mejor que El Salvador de 1991. La firmeza de la insurgencia coincidió así con la intransigencia de los militares que al cabo derrocaron la Junta. En estos momentos, la guerrilla tiene una nueva oportunidad para participar en la política legal. No sea que cuando decida hacerlo la presencia de ARENA sea tan asfixiante que ahogue por cualquier medio todas las formas de oposición. En todo caso, la obtención de 8 diputados de un total de 84 por la Convergencia Democrática —frente político del FMLN, al estilo de la UP colombiana— no es un buen comienzo, pese a las denuncias de fraude.

Puede ser que al momento de ser escritas o leídas estas páginas los dos bandos en guerra logren un acuerdo sobre los puntos que los dividen, en especial sobre las Fuerzas Armadas. Aún así, habrán de pasar muchos años, tal vez décadas, para que ese pequeño país cure sus profundas heridas.